

Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2014

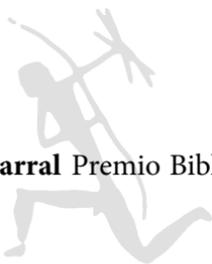
**Fernando Aramburu**

---

Ávidas pretensiones

---





**Seix Barral** Premio Biblioteca Breve 2014

---

**Fernando Aramburu**  
Ávidas pretensiones

---

Diseño original de la colección:  
Josep Bagà Associats

Primera edición: marzo 2014

© Fernando Aramburu, 2014

Derechos exclusivos de edición en español  
reservados para todo el mundo:

© EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A., 2014  
Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)  
[www.planetadelibros.es](http://www.planetadelibros.es)

ISBN: 978-84-322-2259-7

Depósito legal: B. 1.787-2014

Impreso en España

Cayfosa, S. A., Barcelona

Preimpresión: La Nueva Edimac, S. L., Barcelona

También disponible en e-book

El papel utilizado para la impresión de este libro  
es cien por cien libre de cloro  
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,  
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión  
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,  
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,  
sin el permiso previo y por escrito del editor.  
La infracción de los derechos mencionados  
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual  
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).  
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.  
Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)  
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

## 1

El coche fúnebre entró en Morilla del Pinar por la única carretera del pueblo. Juanjo Changa, que lo conducía escuchando canciones mexicanas a todo volumen, redujo la velocidad por si se terciaba comprobar en el semblante de algún lugareño los efectos de su ocurrencia. La ranche-  
ra que sonaba en aquellos momentos coincidió con el tintineo campanil, pueblerino, chiquitito, de las nueve.

La plaza vacía bajo el sol generoso, clemente, de mayo. Aquí un galgo tendido a la sombra de una acacia. Allá un gato haciéndose unas abluciones linguales. Almas, ninguna, hasta que Changa se hizo notar añadiendo una coda de bocinazos a las rurales campanadas.

Salió a la puerta una vieja con delantal, vio el vehículo horrendo, se santiguó.

—Tranqui, abuela, que no venimos por usted.

Evangelina González, la Nívea (ganadora del último premio Alambor), prefirió apearse.

—¿Nos puede decir por dónde se va al convento de las espinosas?

La vieja, manos rojizas, boca hundida, señaló con un cabo del delantal hacia la prolongación de la carretera.

---

—Pallá.

*Han nacido en mi rancho dos arbolitos.* La ranchera apenas dejaba oír la voz de la vieja, trémula de luctuosas supersticiones. Su mirada octogenaria intentaba atravesar los vidrios polarizados.

—¿Se ha muerto alguien?

Changa, con fingida extrañeza:

—¿Pues?

—No, como vienen ustedes con el coche este.

—Sólo la muerte nos hace profundos.

La vieja no quiso más conversación ni más tratos.

—Ya sabéis ustedes, todo pallá.

Se acogió a su casa atravesando la guardapuerta de canutillos.

Si se viene de Madrid, que es donde residía la mayor parte de los inscritos, hay que dejar atrás Morilla del Pinar obra de kilómetro y medio. La cuesta discurre entre pinos y matorrales, con algún que otro calvero punteado de amapolas. En los troncos rascan las cigarras su concierto multitudinario.

Al llegar a una curva, hay una desviación asfaltada que lleva al convento. Una verja herrumbrosa de grandes dimensiones, siempre abierta, confirma al visitante que aquel es el camino adecuado. Y por si aún quedaran dudas, un cartel en el borde de la carretera se lo termina de asegurar: BIENVENIDOS AL CONVENTO DE LAS HERMANAS SIERVAS DE LAS SAGRADAS ESPINAS DE JESÚS.

Ahí es, a unos doscientos metros monte arriba. Soleada silvestre, laderas que se alargan cada vez más empinadas hasta unos picachos imponentes, lagartijas y saltamontes, olor a resina de pino, a tomillo y espliego. Ahí se celebran por tercer año consecutivo las Jornadas Poéticas en Casacristo, como se las conoce de broma en el gremio

---

lirico español; las cuales, por motivos tanto publicitarios como de financiación, reciben el nombre oficial de Jornadas Poéticas de Morilla del Pinar.

El coche fúnebre subió el corto tramo de camino hasta la explanada que sirve de aparcamiento. La explanada es un círculo de grava ante el edificio de nueva planta que alberga el centro de estudios. ¿Qué más? Pues eso, que detrás, oculto a la vista, está el convento de las monjas.

—Ya te dije que llegaríamos los primeros, igual que los criados.

—Estupendo. Así tenemos tiempo para una felación.

—Cáscatela solo. No somos pareja.

—Ni lo pretendo, pero ya que has viajado gratis, qué menos que una propinilla.

—Te quedas sin *boutade*. Podías haber venido en cuadriga y lo mismo. Nadie se habría percatado.

—Por muy poetas que sean todos esos gilipollas, en algún momento de las Jornadas dejarán de contemplarse en el espejo y verán el coche.

—Venéralos o peligra tu carrera.

Se apearon. Changa propuso llevar el equipaje a la casa a fin de ahorrar tiempo y posteriores molestias. Sacaron sus respectivas maletas del portaféretros o como se llame. La Nívea sacó además un bolso pinturero de tracearía marroquí, un vestido con su percha, un neceser y una pamea, que se caló, y Juanjo Changa, una bolsa de plástico en cuyo interior entrechocaron tres o cuatro botellas.

Los dos poetas tuvieron que esquivar el ciprés que se alzaba/estorbaba en el centro de la explanada.

—Ah, mira, como el de Gerardo Diego. *Enhiesto surtidor de sombra y sueño, que acojonas al cielo con tu lanza*. Gran soneto. ¿Cómo sigue?

—A mí el árbol este me recuerda la polla de un negro

---

de Río de Janeiro. Me quiso hacer un anal con semejante estaca. No, que me rasgas, le dije.

—Tengo entendido que en Brasil les da lo mismo un orificio que otro.

—El caso es penetrar.

Pulsaron el timbre, les abrieron. Entorpecidos de bultos, pasaron al pequeño recibidor. Trascendía un tufillo a pintura reciente. Una monja en hábito blanco y toca negra atendía tras el mostrador. Los acogió con remilgada hospitalidad. La Nívea y Juanjo Changa rellenaron el impreso de visitantes, firmaron y, recibida la llave correspondiente, se encaminaron a sus respectivos alojamientos, ella en el primer piso, él en el segundo. Cosas de la monja.

Estos consistían en habitaciones individuales. Austeridad conventual, paredes blancas, suelos de baldosa. Un cuadro piadoso y una sencilla cruz de madera eran los únicos adornos. Había una cama de barrotes metálicos adosada por un costado a la pared, una mesa estrecha de trabajo, un armario funcional con la superficie de formica y un cuarto de baño con ducha, inodoro y lavabo con espejo. Ni radio ni televisor. Tan sólo un ejemplar del Nuevo Testamento en el cajón de la mesa y, sobre la almohada, un chocolatín de bienvenida.

La habitación de la Nívea daba a la explanada. Mientras repartía sus pertenencias por las baldas del armario, oyó ruido de motor y se asomó a mirar quién llegaba. Cuero y cascos, dos motoristas. Se apostó detrás de la cortinilla para espiar la conversación.

—La fiambarrera con ruedas significa que ha llegado el mamón.

—Mediocre poeta menor, cabeza visible de la escuela etílica. Dicen que el editor le arregla la ortografía.

---

No faltó una gracieta malvada contra el ciprés antes de entrar en la casa.

—Enhiesta verga de mi tío Hilario, que se empina de aquí hasta aquella peña.

—Continúalo, machote.

—Chorro que a la monjita casi preña, ensartada hasta el fondo del ovario.

—Dirás del útero.

—La rima manda, Carlos.

A lo largo de la hora siguiente fueron llegando más coches. Por evitar el cenizo buscaba cada cual aparcamiento lo más lejos posible del coche fúnebre. A eso de las diez y media, hora prevista para el comienzo de las Jornadas, llegó un minibús con el grueso de la poetada.

—Enhiesto surtidor de gasolina. ¿Cómo sigue?

—Volverán los oscuros cipresales.

—Un respeto a la poesía.

—¿Alguien me presta un hacha?

Entró el rebaño lírico en la recepción arrastrando bolsas y maletas. La lista de asistentes fue creciendo a lo largo de la mañana hasta veinticuatro nombres. A la una y media de la tarde, puntuales para el almuerzo, llegaron en carro tirado por asno Susana Valcárcel y Conchita Arroyo, esta vestida de negro, con botines negros y gafas negras como acostumbra. Se les había averiado el coche dos kilómetros antes de Morilla. Recorrieron el trayecto a pie y en el pueblo se agenciaron el rústico medio de locomoción que la mayoría de los asistentes consideró mucho más extravagante, glamuroso y digno de recordación que la fiamblera macabra de Juanjo Changa. No hay constancia de que el labriego se enterase de que venían las dos mujeres uniendo las bocas y manoseándose los pechos a su espalda.

---

A las cuatro y diez de la tarde se produjo la sensación del día. En taxi desde Valladolid llegó don Mateo Gil Salgado, sesenta y tres inviernos, ciego por accidente de tráfico, acompañado de una joven ricura que tensó bajo los pantalones el ciprés de Silos a más de uno.

Él los previno:

—No os hagáis ilusiones. Vanessita, diles a estos verracos con quién vas a pasar las noches.

—Con usted, don Mateo.

Poco antes de las seis sucedió la primera deserción. El metafísico Carlos R. Garrido (*Obras completas* con sólo treinta y cinco años) se enzarzó en una agria disputa con Ernesto Contreras a propósito de un artículo reciente de este en *Causa Literaria*. El texto expresaba poco entusiasmo sobre un libro de poemas de un favorecido del primero. Hubo en las escaleras que conducían a las habitaciones del segundo piso, junto a una pintura no especialmente lograda del *Ecce Homo*, discrepancias crecientes que derivaron hacia una esgrima de reproches, seguida de insultos y mordacidades varias, y rematada por un conato de pelea que zanjaron a tiempo dos testigos alarmados por la gritería. Como consecuencia de la disputa, Carlos R. Garrido se subió a la moto y se volvió a Madrid no sin antes dedicar un corte de mangas a la fachada del centro de estudios, como abarcando sin excepción a todos los congregados. Hay ventanas, lo vieron. Desde entonces siete u ocho poetas españoles no le dirigen la palabra.

---

2

El edificio se fue llenando de voces. De vez en cuando atravesaba los tabiques alguna risotada. En los pasillos y escaleras menudeaban los abrazos, los besos y expresiones de alegría y afecto por el reencuentro. Por todas partes florecían alabanzas.

—Precisamente hemos venido hablando de tu blog. Para mí, de los dedicados a la poesía, el mejor de España. En serio.

—Tu último libro es una maravilla. Y ya sabes que yo no elogio por elogiar.

La madre superiora esperaba con sonrisa de circunstancias en la sala de plenos. Iba para tres cuartos de hora que debían haber comenzado las terceras Jornadas Poéticas de Morilla del Pinar. Entró Juanjo Changa creyendo que.

Llevaba el pelo mojado, pues acababa de ducharse, y se había puesto una llamativa camisa de flores. Vio a la jefa de las espinosas, como contó más tarde, sola al costado presidencial de la mesa (un rectángulo de dieciséis mesas más pequeñas en torno a un hueco) y se salió dejándola no sabía si con un saludo o un bisbiseo de plegarias en los labios.

---

¿Temió que la monja le preguntara por el coche fúnebre o que le adivinara en el aliento que se había pimplado media botella de ginebra antes de salir de la habitación? A los amigos:

—Quien me conoce sabe que disto de ser alcohólico. Bebo por timidez.

A pocos pasos de la recepción encontró al organizador de las Jornadas, José Manuel Agüero, llamado Lope por su segundo apellido, Lopetegui, de solera vasca, aunque él sólo ejerce de regional patriotismo a la hora de complacer al paladar.

Lope, amigo de diputados y ministros, antólogo, reseñista, miembro vitalicio del jurado de incontables concursos literarios, gozaba de gran predicamento entre la poetada nacional. Llevaba un programa de radio en Madrid desde el que hundía y encumbraba. Las Jornadas eran su idea, su proyecto, su criatura. Nadie habría participado jamás en ellas sin su visto bueno. Nadie. Jamás. Lo comparaban con un cometa que surcase el firmamento seguido de una larga cola de aduladores. Versificador prolífico, corrían rumores de que una vez, hacía muchos años, le salió un soneto pasable, su obra cumbre. Esta era una de esas verdades que no conviene decir en voz alta. Lope tenía y sigue teniendo muchos recaderos.

Cuando Changa, servil, ardillesco, se arrancó a saludarlo, Lope estaba de palique amable con la espinosa de la recepción. Al parecer se le había escapado un requiebro un tanto subido de temperatura y lo andaba puntualizando con aplomo febrífugo para que la del hábito, hembra al fin, aunque metida en años y paños, no creyese que.

Changa lo acometió con exceso de afecto por detrás.

—Pensaba que me agredías.

—Es que la jefa está esperando.

---

—Entretenla, Juanjo, haz el favor. Dile que ya vamos, que hemos tenido diversas dificultades por el camino. Háblale de tu estupendo coche negro. Eso sí, echa la cara hacia atrás, no mucho, dos o tres metros, porque la vas a marear como me estás mareando a mí.

Changa juntó tropa lírica por los pasillos del centro de estudios hasta formar un grupo en el que camuflarse. Llevó a los compañeros de género literario a la sala de plenos, donde hallaron a la madre superiora sumida en santa paciencia. La entretuvieron con parla insulsa. El tiempo, los avatares del viaje, elogios a la vida conventual que el setentón de Teodoro Sanz, por decir algo, calificó de envidiable. Changa se extrañó.

—Oye, pues métete a cartujo.

Teodoro Sanz replicó como si le hubieran clavado de improviso un alfiler:

—¿Estás loco?

Y la monja intervino conciliadora, benevolente:

—Piénselo con detenimiento, señor Sanz. Conviene que no desaprovechemos las ocasiones de agradar al Señor.

Iban entrando en la sala nuevos asistentes a las Jornadas Poéticas, ojerosos y mal dormidos algunos de ellos. Se repartían en torno a la gran mesa con criterio común de alejarse de responsabilidades presidenciales y del engorro de dar conversación a la monja. Entró, a todo esto, Lope. Nada más verlo, a la madre superiora se le iluminaron las facciones. Por fin llegaba algo de autoridad, de orden y sentido. A Lope, única corbata de la concurrencia, no le faltaban mañas de lisonjero.

—Está usted igual de guapa que hace un año.

La monja le salió quejica.

—Ay, señor Agüero, ¡si yo le contara! Tengo días en

---

que los cálculos biliares no me dejan respirar. Me consuelo pensando que Dios Padre me pone a prueba.

Lope sacudió una campanilla que se sacó de un bolsillo de la americana. Hecho el silencio, mandó sentar de una mirada torva a los pocos que aún permanecían de pie.

—Tiene la palabra la madre María Antonia.

La monja le sacaba palmo y medio al chaparro de Lope. Enlazó manos; comprobó que el crucifijo, en la pechera del hábito, colgaba del lado correcto; saludó y dio la bienvenida con lenguaje pulido, sazónando su intervención con muecas bondadosas, una cita de la *Vida de Jesús*, de Fray Luis de Granada, y dos de San Juan de la Cruz; empezó a aburrir, debió de notarlo, pues sin mayores rodeos abordó el desenlace del discurso. Fue entonces cuando, a modo de despedida, comparó la vocación poética con la sacerdotal, añadiendo que a semejanza de los ministros del Señor los poetas se dirigen al alma de las personas; por último deseó a los concurrentes unas jornadas fructíferas y una agradable estancia en la casa. La poetada le manifestó reconocimiento mediante golpes de nudillo sobre el tableto de la mesa. Visiblemente complacida, la madre superiora abandonó la sala.

Tomó a este punto Lope la palabra. Bien oiréis lo que decía:

—Ruego a todos los presentes, por este orden, silencio, contención y más silencio, pero sobre todo calma. ¿Recordáis que el primer año las Jornadas empezaron con un ligero retraso? Si mi memoria no falla, catorce minutos tarde. No quiero exagerar: trece. La vez última, media hora, nos perdimos el café matinal, reconfortante. Hoy nos hemos superado en punto a impuntualidad. Tal vez el año que viene lleguemos para la cena y otros un día después. Va un poco de información antes de emprender

---

tareas. Aunque seamos poetas venimos a trabajar. Se han apuntado veintiocho de diez mil que hay en España. Alguno está por llegar. Tiempo habrá en los días próximos de conocer a los nuevos y estrechar quizá amistad. ¿Hay preguntas? ¿No? Prosigo. Veis que vamos en aumento. Seríamos muchedumbre si dejáramos venir a todo el que lo pretende, pues ha corrido la voz que estamos de vacaciones bebiendo y comiendo gratis, lo cual no es del todo cierto si bien en parte es verdad. Me llamaron al móvil unos cuantos presuntos genios sin obra propia que avale su talento y vocación, pero a mí no me la dan. Distingo un poeta auténtico a cien metros de distancia con sólo verle los ojos, los andares y la ropa, y se me acaban las dudas si además se pone a hablar. ¿Hay preguntas? ¿No? Prosigo. Gastos de viaje y bebida se los paga cada cual, más un fondo de diez euros para la tradicional, la succulenta paella que preparará mañana por la noche, hacia las diez, como en años anteriores, el compañero Balboa, gran poeta del arroz, del pollo y del azafrán, que para eso nació en Burgos. La paella y la sangría, más la fiesta posterior con la venia de las monjas, obligatorias no son. A quien no asista lo espera oscura noche de ayuno, a menos que se abastezca por su cuenta de comida o salga a cazar al bosque, donde hay ricos saltamontes, víboras, lagartos, grillos y lo que dejen las aves carroñeras de la zona. La cocina está cerrada por motivos paelliles; las ollas, aletargadas, y el servicio, dispensado. El pago de los diez euros es no obstante obligatorio, se haga aprecio o no se haga del arroz del chef Balboa, para subvenir a gastos de material de oficina, fotocopias y otras cosas. ¿Hay preguntas? ¿No? Prosigo. Como nadie ignora, creo, mas me place repetirme, entre la casa de estudios destinada a las Jornadas y el convento de las monjas media un ameno jardín con dos muros la-

---

terales y otro idéntico en el centro. Pisar el jardín se puede, recorrerlo, meditar entre las rosas fragantes, hablar con los estorninos, fumar un porro y por mí, con la debida decencia o, si queréis, disimulo, darles placer a los cuerpos. Menos risas, por favor. En cambio, quien salte el muro o solamente lo intente y saque de su sosiego a las madres espinosas, me las incordie o asuste con su mundana presencia donde no ha sido llamado, verá la senda que nunca va a volver a pisar y tendrá que despedirse, con un puntapié en el culo, de las Jornadas Poéticas hasta el año treinta mil ochocientos veintitrés. ¿Hay preguntas? ¿No? Prosigo. Los jornaleros poéticos no perciben honorarios. Ministerio de Cultura y gobierno regional corren a partes iguales con los gastos derivados de la cama y el condomio de los ilustres poetas. Piden pruebas de asistencia activa para evitar parásitos y gandules, por lo que hay que presentar en forma fotocopiada, antes de acabar el mes, versos, ponencias, etcétera, con firma mía y el sello del convento validado por la madre María Antonia. Quien no figure con nombre de pila y dos apellidos en la suma de trabajos recibirá una factura. Ignoro la cantidad, tampoco me importa mucho pues no tengo la intención de tumbarme a la bartola los días de las Jornadas. El que quiera que se esconda, no pienso buscar a nadie. ¿Hay preguntas? ¿No? Prosigo, aunque ya voy terminando. Desde el otoño pasado se han producido debates, con intercambio de insultos, reproches y acusaciones, en revistas y periódicos, en internet y la radio, entre adeptos de las dos corrientes que el panorama poético actual de España dominan, según parece. Si hubiera bajo este techo metafísicos poetas o de los comprometidos, motejados realitas, les mando un severo aviso: no quiero guerras aquí que estropeen las Jornadas. Quien quiera promocionarse, armar

---

bronca o promover rencillas y enemistades, que se suba a la montaña esa que tenemos fuera y dé gritos a la aurora; que se tire finalmente de cabeza al precipicio, que seguro lo recogen en el aire sus amigos. Y acabo mi intervención cediéndole la palabra al profesor catedrático don José Luciano Mínguez, nuestro ponente invitado, a quien doy la bienvenida. El tema, como sabéis, es la belleza poética. ¿Un concepto, una ilusión, una patraña de artistas? ¿Quién se atreve a definirla? ¿Cómo la reconocemos? ¿Se puede vivir sin ella? Trabajaremos en grupos esta tarde y expondremos las diversas conclusiones antes de tomar la cena o después, si es necesario. Escuchemos lo primero de todo las enseñanzas que nos transmita al respecto don José Luciano Mínguez, entendido en la materia. Adelante, profesor.

Mínguez, rechoncho, calvo, miope, entró en el hueco central sacando pecho por la vía de hundir la barriguilla y subirla con decidida resolución de apretujarla detrás de los pulmones, lo que habría conseguido si no fuera porque se le bajó de repente a su sitio cuando tuvo que respirar. Comenzó su disertación con voz de pito:

—Buenos días a todos. Permítanme, a modo de preámbulo, que me remonte a los tiempos prehistóricos, en concreto a la época de las pinturas rupestres. Como sabrán...

Juanjo Changa había levantado la mano. Mínguez calló. A su espalda, Lope, mirada severa, preguntó:

—¿Qué pasa, Juanjo? ¿Por qué interrumpes?

—No, es que quería saber a qué hora es la comida.